

De lo bello y lo sublime

E. KANT

Col Austral

Las diferentes sensaciones de contento o disgusto obedecen menos a la condición de las cosas externas que las suscitan que a la sensibilidad peculiar de cada hombre para ser grata o ingratamente impresionado por ellas. (p 11)

[Cfr. *Primer modo de orar* y *Aplicación de sentidos.*]

... Existe, además, un sentimiento de naturaleza más fina, así llamado, bien porque tolera ser disfrutado más largamente, sin saciedad ni agotamiento, bien porque supone en el alma una sensibilidad que la hace apta para los movimientos virtuosos, o porque pone de manifiesto aptitudes y ventajas intelectuales, mientras los otros son compatibles con una completa indigencia mental...

Este delicado sentimiento que ahora vamos a considerar es principalmente de dos clases: el sentimiento de lo **sublime** y de lo **bello**... Altas encinas y sombrías soledades en el bosque sagrado son **sublimes**; plantabandas de flores, setos bajos y árboles recortados en figuras son **bellos**.

La noche es **sublime**, el día es **bello**... El brillante día infunde una activa diligencia y un sentimiento de alegría. Lo sublime **conmueve**, lo bello **encanta**. La expresión del hombre dominado por el sentimiento de lo sublime es seria; a veces fija y asombrada. Lo sublime presenta a su vez diferentes caracteres. A veces le acompaña cierto terror o también melancolía; en algunos casos, meramente un asombro tranquilo, y en otros, un sentimiento de belleza extendido sobre disposición general sublime. A lo primero denomino lo **sublime terrorífico**; a lo segundo, lo **noble**, y a lo último lo **magnífico**...

Lo sublime ha de ser siempre grande; lo bello puede ser también pequeño. Lo sublime ha de ser sencillo; lo bello puede estar engalanado. Una gran altura es tan sublime como una profundidad, pero a esta acompaña una sensación de estremecimiento y a aquella una de asombro;... (pp 12-15)

[¿Posible relación de lo estético con la **reverencia**?]

Las cualidades sublimes infunden respeto; las bellas, amor. Los que sienten principalmente lo bello, sólo en caso de necesidad buscan sus amigos entre los hombres rectos, constantes y severos; prefieren tratarse con gentes bromistas, amables y corteses. Se estima a algunos demasiado para que pueda amárselos: infunden asombro, pero están demasiado por encima de nosotros para que podamos acercarnos a ellos con la confianza del amor.

Aquellos en quienes se dan unidos ambos sentimientos hallarán que la emoción de lo sublime es más poderosa que la de lo bello; pero que si esta no la acompaña o alterna con ella, acaba por fatigar y no puede ser disfrutada por tanto tiempo... La **amistad** presenta principalmente el carácter de lo sublime; el **amor sexual**, el de lo bello. La delicadeza y el respeto profundo dan, sin embargo, a este último cierta dignidad y elevación, mientras las bromas traviesas y la confianza le acentúan el carácter bello. La **tragedia** se distingue, en mi sentir, principalmente de la **comedia** en que la primera excita el sentimiento de lo sublime y la segunda el de lo bello... (pp 17-18)

[Cfr. *posible implicación de la reverencia con lo estético, y por lo tanto con la sensibilización y la indiferencia.*]

El segundo género del sentimiento bondadoso... es la **cortesía**, por la cual nos sentimos inclinados a mostrarnos agradables con otros mediante la amistad, la aquiescencia a sus deseos y la ecuación de nuestra conducta con su manera de pensar. Este fundamento de una encantadora sociabilidad es hermoso, y tan blanda condición es señal de naturaleza bondadosa. Pero tan lejos está de ser una virtud que si principios superiores no ponen sus barreras y lo debilitan puede ser origen de todos los vicios. Aun sin contar que la complacencia hacia aquellos que tratamos significa a menudo la injusticia con otros situados fuera de este círculo, el hombre complaciente, si se admite sólo este estímulo, podrá tener todos los vicios no por inclinación espontánea, sino porque vive para agradar... (p 25)

[¿Cfr. “vano honor del mundo”?]

La verdadera virtud, por tanto, sólo puede descansar en principios que la hacen tanto más sublime y noble cuando más generales. Estos principios no son reglas especulativas, sino la conciencia de un sentimiento que vive en todo pecho humano, y cuyo dominio es mucho más amplio que el campo de la compasión y de la complacencia. Creo recoger todo su contenido diciendo que es el **sentimiento de la belleza y la dignidad de la naturaleza humana**. Lo primero es el fundamento de la benevolencia general; lo segundo, de la estimación general; y si este sentimiento alcanzase la máxima perfección en un corazón humano cualquiera, este hombre se amaría y se estimaría ciertamente a sí mismo; pero no más en cuanto es uno de todos aquellos a los cuales se extiende su amplio y noble sentimiento... (p 26)

[Cfr. “binomio” del **PF** (aplicado a la relación interpersonal y haciendo hincapié en su orden). ¿Cfr. también **EE 189**?]

En consideración a la debilidad de la naturaleza humana y del escaso poder que había de ejercer sobre el mayor número de los corazones el sentimiento ético general, ha colocado en nosotros la Providencia, como suplemento de la virtud, tales instintos auxiliares; por ellos algunos, aun sin principios, son llevados a bellas acciones, y aquellos que los poseen recibir mayor impulso y estímulo más enérgico. La compasión y la complacencia son fundamentos de bellas acciones, que acaso serían ahogadas todas ellas por el predominio de un grosero egoísmo, pero, según hemos visto, no fundamentos inmediatos de la virtud. Puedo denominarlas, por consiguiente, **virtudes adoptadas**, y **genuina virtud** a la que descansa sobre principios. Las primeras son bellas y seductoras; pero sólo la segunda es sublime y venerable. Al espíritu en que dominan las primeras sensaciones se le denomina un **buen corazón**, y **bondadoso** al hombre de tal carácter; en cambio, se atribuye con justicia un **noble corazón** al virtuoso, según principios, y a él mismo se le llama **recto**... (pp 26-27)

Mas como esta simpatía moral no es todavía bastante para inspirar a los hombres indolentes acciones de utilidad general, la Providencia ha puesto en nosotros cierto sentimiento delicado que puede empujarnos a la acción o servir de contrapeso al grosero egoísmo y al vulgar deseo de placeres. Es el **sentimiento del honor**, y su resultado, la **vergüenza**. La opinión que de nuestro valer tengan los demás y su juicio sobre nuestros actos es un móvil de gran importancia y nos lleva a muchos sacrificios. Lo que gran parte de los hombres no habría hecho por impulsos de espontánea bondad ni por principios, se hace bastante a menudo merced al prestigio aparente de una preocupación muy útil, aunque en sí muy superficial, como si el juicio de los demás determinase nuestro valor y el de nuestros actos. Lo que acontece obedeciendo a este impulso no es de ningún modo virtuoso, y de ahí que quien desea ser tenido por tal oculte cuidadosamente tal motivo. Esta inclinación no tiene tampoco tanta afinidad con la genuina virtud como la bondad de corazón porque no puede ser movida inmediatamente por la hermosura de los actos, sino por lo que éstos representan ante los ojos

ajenos. Con todo, como el sentimiento del honor es delicado, puedo denominar **resplandor de la virtud** aquello análogo a lo virtuoso que por él es ocasionado. (pp 27-28)

[Cfr. toda la problemática sobre el “vano honor del mundo” y la “vergüenza” de **EE 9** y **EE 48**.]

El colérico considera su propio valer el de sus cosas y actos según el prestigio o la apariencia de que ??? a los ojos de los demás... Su conducta obedece más a principios que la del sanguíneo, sólo movido por impresiones ocasionales; pero no son principios de la virtud, sino del honor, y no es nada sensible a la belleza o al valor de los actos, sino al juicio que el mundo pronunciará sobre ellos. Como su proceder, si no se considera la fuente de donde brota, resulta casi tan beneficioso a la generalidad como la virtud, obtiene del espectador común tan elevada estima como el virtuoso; pero se oculta cuidadosamente de ojos más sutiles, pues sabe que si descubren el escondido resorte del honor desaparecerá también el respeto que se le muestra. Recurre por tanto al fingimiento; en religión es hipócrita; en el trato adulator; en política, versátil, según las circunstancias. Se complace en ser esclavo de los grandes para después ser tirano de los humildes. La **ingenuidad**, esta noble y bella sencillez que lleva en sí el sello de la naturaleza y no del arte, le es completamente extraña. Por eso, cuando su gusto degenera, su brillo resulta **chillón**... Mientras sólo es vanidoso, es decir, mientras busca honor y se esfuerza en hacerse visible, puede ser todavía soportado; pero cuando totalmente falto de verdaderas cualidades y méritos se pavonea orgulloso, viene a parar en lo que él menos quisiera, esto es, en un necio. (pp 35-36)

[Cfr. problemática de la “vergüenza del mundo” de **EE 9** y del “vano honor”.]

No se tiene razón cuando se acusa de no entenderlo a quien no ve el valor o la hermosura de lo que nos conmueve o encanta. Trátase aquí no tanto de lo que el **entendimiento** comprende como de lo que el sentimiento experimenta. Tienen sin embargo las facultades del alma tan grande conexión entre sí que, las más de las veces, de las manifestaciones de la sensibilidad pueden deducirse las condiciones intelectivas. Vanas resultarían las dotes intelectuales para quien al mismo tiempo no tuviese un vivo sentimiento de lo bello y lo noble, sentimiento que sería el móvil de aplicarlas bien y con regularidad. (p 38)

[Cfr. en Ignacio “que sienta interno conocimiento...” en **EE 63**.]

... el hombre de más rudos y vulgares sentimientos podrá percibir que los encantos y agrados de la vida al parecer más superfluos acaparan nuestra mayor diligencia, y que nos quedarían pocos móviles para los variados esfuerzos de la vida si pretendiésemos suprimirlos. De igual modo, nadie hay tan grosero que no sienta que un acto moral, por lo menos para con el prójimo, tanto más conmueve cuanto más se aleja del interés propio y cuanto más en él resaltan motivos nobles. (pp 39-40)

[Cfr. ‘sensibilización’ y gratuidad.]

...: los hombres que obran según **principios** son muy **pocos**, cosa que hasta es conveniente, pues con facilidad estos principios resultan equivocados, y entonces el daño que de ello se deriva llega tanto más lejos cuanto más general es el principio y más firme la persona que lo ha adoptado. Los que obedecen a **bondad** espontánea son **muchos** más, y está bien, aun cuando no pueda ser contado como un mérito particular de la persona. Estos instintos virtuosos fallan a veces; mas por término medio, cumplen perfectamente el gran propósito de la naturaleza, lo mismo que los demás instintos, merced a los cuales se mueve con tanta regularidad el mundo animal. Los que como único punto de referencia para sus esfuerzos tienen fija ante los ojos su adorada persona y procuran hacer girar todo en torno de su egoísmo, como eje mayor, son **los más**, y esto viene a resultar también muy beneficioso;

ellos, en efecto, son los más inteligentes, ordenados y precavidos; dan consistencia y firmeza al todo, y, sin proponérselo, son útiles en general en cuanto facilitan las necesidades imprescindibles y preparan las bases sobre las cuales las almas delicadas pueden extender la hermosura y la armonía. Finalmente, la **pasión por el honor** se halla extendida en el corazón de **todos** los hombres, aunque en medida diferente, y presta al conjunto una encantadora belleza, rayana en lo maravilloso. Aunque el deseo de honor es una loca quimera cuando se convierte en regla a la cual se subordinan las demás inclinaciones, como impulso concomitante resulta muy útil. Cada cual, al realizar sus actos en el gran escenario social, según sus inclinaciones dominantes, se ve movido por un secreto impulso a tomar mentalmente un punto de vista fuera de sí mismo para juzgar la apariencia de su conducta tal como se presenta a la vista del espectador. Los diversos grupos se unen así en un cuadro de expresión magnífica, donde la unidad se transparenta en la grande diversidad y el conjunto de la naturaleza moral se muestra in sí bello y digno. (pp 40-41)

[Cfr. **EE 10**, **EE 18** y **EE 189**.]

La belleza de los actos se manifiesta en su ligereza y en la aparente facilidad de su ejecución; en cambio, los afanes y las dificultades superadas suscitan asombro y corresponden a lo sublime. La meditación profunda y el examen prolongado son nobles, pero pesados, y no sientan bien a una persona en la cual los espontáneos hechizos deben sólo mostrar una naturaleza bella. El estudio trabajoso y la reflexión penosa, aunque una mujer fuese lejos en ello, borran los méritos peculiares de su sexo, y si bien la rareza de estas condiciones en su sexo las convierte en objeto de fría admiración, debilitan al mismo tiempo los encantos que les otorgan su fuerte imperio sobre el sexo opuesto... (p 45)

[Cfr. “la belleza de los actos se manifiesta en su ligereza y en la aparente facilidad de su ejecución” = relación de **EE 18** (“no den cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas”) con lo estético; es decir, lo bello vendría a convertir en espontáneo y fácil lo dificultoso en principio. A esto vendría la tarea de sensibilización de los **EE** a través de la **contemplación** y de la **aplicación de sentidos** que culminaría en la **contemplación para alcanzar amor**.]

Parece una maliciosa astucia de los hombres el haber querido desviar al sexo bello hacia este gusto equivocado. Conscientes de su debilidad ante los encantos naturales del mismo y de que basta una mirada burlona para sumirlos en mayor confusión que la más difícil cuestión científica, no bien cae la mujer en este gusto se sienten en franca superioridad y en situación de acudir benévolo en auxilio de la vanidad femenina. El contenido de la gran ciencia de la mujer es más bien lo humano, y entre lo humano, el hombre. Su filosofía no consiste en razonamientos, sino en la sensibilidad. Esta circunstancia debe tenerse en cuenta al proporcionárseles ocasiones de cultivar su hermosa naturaleza. Se procurará ampliar todo su sentimiento moral, y no su memoria, valiéndose no de reglas generales, sino el juicio personal sobre los actos que ven en torno suyo... (pp 46-47)

[Estas cualidades “específicas” (según Kant) de la mujer, ¿no son precisamente las que más cultiva Ignacio en el ejercitante? Sin embargo, tampoco deja, ni mucho menos, la otra vertiente = **dialéctico**. No olvidemos que la dialéctica Hombre-mujer la tiene muy presente.]

... El sentimiento para las pinturas y para la música, no como arte, sino como expresión de la sensibilidad, afina o eleva el gusto de este sexo y tiene siempre algún enlace con los movimientos morales. Nunca una enseñanza fría y especulativa, siempre sensaciones, y éstas permaneciendo tan cerca como sea posible de sus condiciones de sexo. Semejante instrucción es tan rara porque exige aptitudes, experiencia y un corazón lleno de sentimiento. De toda otra

puede la mujer muy bien prescindir, y aun sin ésta, se afina comúnmente muy bien por sí misma.

La virtud de la mujer es una **virtud bella**. La del sexo masculino debe ser una **virtud noble**. Evitarán el mal no por lo injusto, sino por feo, y actos virtuosos son para ellas los moralmente bellos. Nada de deber, nada de necesidad, nada de obligación. A la mujer es insoportable toda orden y toda construcción malhumorada. Hacen algo sólo porque les agrada, y el arte consiste en hacer que les agrade aquello que es bueno... (p 48)

[Cfr. **EE 57**.]

Nada es más contrario a lo bello que lo repugnante, así como nada cae más por debajo de lo sublime como lo ridículo... (p 50)

[Cfr. *2ª meditación de Primera Semana: ahí se hace hincapié en lo feo y lo ridículo: EE 57 y EE 58*]

... El pudor es, por tanto, como suplemento de los principios, sumamente necesario... Sirve además para correr una cortina ante los más convenientes y necesarios fines de la naturaleza, a fin de que una demasiado común familiaridad con ellos no ocasione repugnancia, o por lo menos indiferencia, con respecto a los propósitos de un instinto al cual van unidas las inclinaciones más delicadas y finas de la naturaleza humana. (pp 51-52)